





# SOBRE CASI NADA



Julio Camba

# *SOBRE CASI NADA*

Prólogo de *Felipe Benítez Reyes*



SEVILLA AÑO 2013

---

LOS CUATRO VIENTOS  
RENACIMIENTO

© Prólogo: Felipe Benítez Reyes

© 2013. Editorial Renacimiento

www.editorialrenacimiento.com

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)

tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento  
sobre un collage de Felipe Benítez Reyes

DEPÓSITO LEGAL: SE 1877-2013 • ISBN: 978-84-8472-810-8

Impreso en España • Printed in Spain

---

---

# PRÓLOGO



## LA PERMANENCIA DE LO VOLANDERO O LOS GRANOS DE ARROZ

**C**ON todo el derecho del mundo, Julio Camba se permitió hacer la siguiente declaración: «Por fortuna, yo soy un escritor decorativo y me dedico a una literatura fácil, superficial y pintoresca». Como era un humorista, no pretendía retratarse, sino caricaturizarse, quizá porque sabía que entre una estatua de bronce y un monigote no hay demasiada diferencia de fondo —y a veces ni siquiera de forma—.

Camba fue un articulista de pulso vibrante, ocurrente como pocos, divertido como poquísimos, melancólico como buen gallego. Con 16 años se fue a Buenos Aires y se dedicó a vociferar en publicaciones de propaganda anarquista, hasta que lo echaron del país por agitador. Con el paso del tiempo, se le atemperaron los ímpetus: el ánimo incendiario cedió paso al descreimiento con respecto a... quién sabe qué, quizá con respecto a casi todo, y acabó viviendo —soltero empedernido, por no creer siquiera en

*la institución del matrimonio— en el hotel Palace de Madrid, cabe suponer que con la displicencia propia de quien se arriesga a interpretar la vida como un desencanto paulatino. Pero la displicencia tiene sus riesgos: el revolucionario adolescente acabó de panegirista de la sedición de Franco y de columnista en el diario ABC.*

*Sus artículos son en realidad pompas de jabón: Camba no intentaba adoctrinar ni dilucidar incógnitas sociológicas pasadas o presentes, sino jugar con un gato juega con un ovillo de lana— con la realidad, reducirla a un chascarrillo ameno, con la atención puesta en el detalle y no en la panorámica. Practicó con maestría indolente el arte de la reducción al absurdo, que suele ser la consecuencia de un procedimiento lógico.*

*Su ilusión era poder dejar de escribir. Fue una ilusión incumplida, felizmente incumplida, por mal que esté alegrarse de la contrariedad ajena: sus páginas son muchas, y en muy pocas de ellas no encontraremos una ocurrencia feliz, un golpe afortunado de ingenio, una observación sustentada en un incisivo sentido común disfrazado de bufonería, porque Camba tuvo el privilegio de ser inmune a la solemnidad, al golpe de pecho: quiso entender que un razonamiento que no parta de la media sonrisa corre el peligro de convertirse en un razonamiento alejado de la esencia misma de la realidad, que para él acabó convirtiéndose en una especie de fábrica incesante de curiosidades y de sinsentidos susceptibles de ser glosados con un alegre encogimiento de hombros.*

*Por lo demás, su prosa –tan tersa, tan naturalmente concisa– presenta la virtud de la diafanidad, de la difícil transparencia: nunca se le embrolla, jamás se le desdibuja. En cierta ocasión, llegó a pedir disculpas al director de un periódico porque una crónica le había salido un poco larga al no haber tenido tiempo para hacerla más breve.*

*En literatura, se da la particularidad paradójica de que lo pequeño puede ser muy grande. La perennidad de Julio Camba está sustentada en un formato muy definido: el medio folio, o poco más. Hay quien atina a escribir cosas en un grano de arroz. Y Camba –a pesar de lo fácil, de lo superficial y de lo pintoresco, o tal vez gracias a la mezcla venturosa de esos tres componentes peligrosos– sigue vigente gracias a sus granos de arroz, en los que podía caber nada menos que el relato jovial del mundo.*

FELIPE BENÍTEZ REYES



# SOBRE CASI NADA



SOBRE LA PEREZA

**I**RRIBLE tarea la tarea del escritor! Trabajando constantemente bajo la inspección general, ¿qué diferencia hay entre él y esas señoritas que, detrás de una vidriera, lían pitillos o escriben a máquina a la vista de todo el mundo? Uno se gana la vida en plena calle, y si por azar desaparece una temporada de la plaza pública, no faltará algún amigo que le reconvenga.

—¿Pero hombre! ¿Por qué no trabaja usted? ¡Con el dinero que podría usted ganar!...

—¿Cree usted, en efecto, que si yo trabajase ganaría mucho dinero? No olvide usted la máxima de que si la literatura puede enriquecerle a uno, es únicamente a condición de que uno abandone la literatura.

—¡Disculpas! Pruebe usted a trabajar y ya verá usted si su trabajo le produce o no. En su pellejo de usted, a mí nunca me faltarían mil pesetas para divertirme...

Esto suele decirle a uno el amigo, y, por un momento, vamos a suponer que tiene razón. Vamos a suponer que metodizando su trabajo le fuera a uno siempre fácil el tener mil pesetas disponibles para divertirse; pero ¿cómo se divertiría uno? ¿Viajando en automóvil? ¿Comprando antigüedades? ¿Comiendo langostinos?

Por mi parte, confieso que lo que más me divierte es el no hacer nada. Si yo tengo una verdadera afición en el mundo, es la afición a la pereza. La pereza constituye mi vicio central, mi pasión única. Y a fin de poder dedicarme a la pereza, ¿quieren mis amigos que yo me ponga a trabajar diez o doce horas diarias?

La pretensión resulta algo contradictoria, y por eso, cuando alguien me hace observar que, en mi pellejo, a él nunca le faltarían mil pesetas con que divertirse, yo le contesto:

—A mí tampoco.

—Pero ¡si no gana usted nada! —me replican.

—¿Cómo que no? —exclamo yo entonces—. Yo gano mucho dinero, todo el dinero que puede rendir una labor intensa, y todo me lo gasto en mi deporte favorito, que es el ocio. Lo que ocurre es que, en vez de realizar separadamente las dos operaciones de ganar y gastar, yo las ejecuto de un modo simultáneo. ¿Cuánto cree usted que me podría producir cada hora de

trabajo? Pues exactamente eso es lo que me cuesta cada hora de pereza. Haga usted el balance y verá que, en el término de un año, yo manejo, como tantos otros, muchos miles de duros. Si no fuera por la pereza, llegaría hasta a hacer ahorros considerables; pero ¡hay vicios tan caros!...

Indudablemente, la pereza es un vicio mucho más caro que el de los langostinos, sin contar que es también bastante más suntuoso, y hay hombres que, de no estar dominados por la pereza, serían varias veces millonarios. ¿Cuándo cesará la opinión de considerar a estos hombres como a unos pordioseros?

#### SOBRE LOS HIJOS NUMEROSOS

PROBABLEMENTE es mucho más fácil tener dieciocho hijos que tener uno solo. El primero cuida del segundo, el segundo del tercero, etc., y, en esta forma, los dieciocho hijos se arreglan entre sí manchándose los unos a los otros, pegándose y contagiándose las enfermedades, sin que los padres necesiten imponerse molestia alguna. Cuando llega la época del sarampión, el segundón lo recibe del primogénito, y al llegar la de las viruelas, el primogénito se las transmite al segundón. Luego el segundón hace lo mismo con el hijo tercero, el tercero con el cuarto, y así sucesivamente, hasta que aparece en escena el hijo número ocho, con su pan de cien pesetas debajo del

brazo. Estas cien pesetas son el premio, el estímulo y la ayuda del Estado a las familias numerosas. Se obtienen con el hijo número ocho; se repiten, aumentadas, con el noveno, y llegan a mil con el decimotercero. Y claro es que la cría de conejos produciría bastante más, pero sería, en cambio, muchísimo menos divertida.

Me refiero, naturalmente, a la cría de conejos hecha por hombres, y no a la que hacen o puedan hacer los mismos conejos, porque si los conejos tienen un Estado, no es de suponer que este Estado se preocupe mucho de la producción de gazapillos. ¿Para qué iba a preocuparse de semejante cosa el Estado de los conejos? ¿Para entretenimiento, acaso, de los cazadores? Dígase lo que se diga, los conejos no son tan tontos.

Nuestros Estados, en cambio, no cesan de proclamar su necesidad de ciudadanos, y, admitida esta necesidad, es lógico que recompensen a los matrimonios fecundos; pero hay ciudadanos y ciudadanos. Los hay fuertes, robustos, inteligentes y bien constituidos, y los hay débiles, enclenques, raquíticos y degenerados; y ¿es que el Estado no va a establecer diferencias entre unos y otros? ¿Es que va a premiarlos a todos por igual, ateniéndose únicamente a la cantidad, como si la calidad careciese de toda importancia?

Nada más fácil que ofrecerle al Estado dieciocho cretinoideos perfectamente legítimos, dieciocho productos variolosos, tuberculosos o avariósicos de la concupiscencia legal; pero yo,

Gobierno, cogería a los autores de estos engendros y los metería en la cárcel, como a los comerciantes que venden la leche adulterada o el pescado podrido. Para estos matrimonios tendría yo castigos ejemplares, y el premio, en cambio, se lo otorgaría a aquellos otros que, en vez de muchos hijos, me presentasen únicamente los pocos que hubiesen podido criar y educar en debida forma.

Con lo cual, naturalmente, no niego la posibilidad de un matrimonio capaz de sacar adelante en excelentes condiciones a dieciocho hijos; pero lo más frecuente es el caso contrario: dieciocho hijos sacando adelante a los patriarcales autores de sus días.

### SOBRE LOS ACADÉMICOS

JAMÁS habrá demasiados obispos en la Academia Española. Ni demasiados obispos ni demasiados generales. También puede haber algunos escritores; pero a condición de que nadie los haya leído, por lo menos desde treinta años antes de su elección. El público, dígame lo que se quiera, es un ente sumamente modesto que lee a unos escritores y que admira a otros. Su propio juicio le inspira muy poca confianza, y un escritor que le guste o que le interese nunca le parecerá lo bastante bueno para ingresar en la Academia.

Un académico viene a ser así como si dijéramos la estatua de sí mismo. Su única misión consiste en suscitar el respeto de las gentes, y para ello conviene, o bien que tenga un gran uniforme de obispo o de general, o bien que esté completamente *ga-gá*. En Francia, modelo de países académicos, los escritores tienen que estar muchos años en adobo antes de ingresar *sous la coupole*. La Academia es allí el premio de la gota, de la arteriosclerosis y de otras muchas dolencias conservadoras, producidas, generalmente por el exceso de ácido úrico.

Lo ideal sería que no se hiciera a nadie académico en vida. Así como la Iglesia no canoniza a ningún hombre, cualquiera que sea el número de sus virtudes, hasta mucho tiempo después de su muerte, a fin de que nadie pueda presumir de haber jugado al escondite, de haber ido al cinematógrafo o de haber comido judías en una taberna con San Fulano o con San Zutano, así tampoco debiera academizarse a ningún escritor mientras se recuerde una sola de sus páginas, y mucho menos si la página en cuestión puede revelar algún talento. Indudablemente, la mejor manera de ser inmortal es estar muerto; pero de no estar muerto, yo considero que para ser académico es indispensable encontrarse por encima de las ideas y de las sensaciones, en ese estado especial de perfección que nosotros llamamos chochez.

Cuando no se es general u obispo y, sobre todo, cuando se ha tenido originalidad, gracia o emoción, hay que estar cho-

cho o *ga-gá*. Talento literario lo hay en todas partes, hasta en los pequeños periódicos, a diez céntimos el ejemplar, y la Academia, o no representa absolutamente nada, o tiene que ser algo muy solemne. ¡Tan solemne como una reunión de paralíticos en un asilo del Estado!

### SOBRE LOS FALSOS POBRES Y LOS FALSOS RICOS

HACE algún tiempo, los vecinos de Madrid tuvimos un extraño despertar. En las esquinas de la ciudad florecían unos letreros maravillosos. «Se prohíbe la blasfemia y la mendicidad —rezaban aquellos letreros—, bajo multa de 500 pesetas».

El vecindario no comprendía.

—¿Cómo se las van a arreglar las autoridades —exclamaba— para hacer efectivas las multas de los mendigos?

Y es que la inmensa mayoría de las gentes confunde la mendicidad con la miseria, cuando es todo lo contrario. La mendicidad, en efecto, constituye el medio de que se valen los miserables para dejar de serlo. La vida es dura y áspera, y, a fin de engrasarla un poco, unos hacen de pobres, así como otros hacen de ricos. El hombre de negocios que quiere captar la confianza de los capitalistas, el joven sin fortuna que desea casarse con un buen partido, la mujer de su casa que necesita en la tienda de comestibles un crédito de ocho días y hasta el

«sablista» vulgar que no puede operar nunca más que a pretexto de no llevar nada suelto, fracasarían completamente declarándose pobres. Por esto hacen de ricos. Hay quien hace de rico en la espera de enriquecerse realmente, y hay quien finge la opulencia sin más ambición que la de sacar tres o cuatro pesetas diarias. La riqueza tiene su público, lo mismo que la mendicidad. Unos le dan dinero a los pobres –generalmente los ricos–, y otros, antes de sacrificar dos reales, necesitan adquirir la convicción de que el hombre a quien se los van a entregar tiene, por lo menos, 50.000 pesetas de renta. Y yo me imagino que estos últimos suelen ser personas de recursos muy escasos, ya que no es lógico suponer que los millonarios se dejen deslumbrar por las apariencias de la fortuna.

Los mendigos viven de ser pobres. La miseria es su industria, que, a veces, se eleva a la categoría de un arte. Viven de ser pobres, y si esto es duro, ya que les obliga a ir sucios, ligeros de ropa en el invierno y mal calzados en toda estación, no es menos duro el calvario del falso rico, que, sobre un almuerzo de a peseta, tiene, a veces, que fumarse un puro de a tres y que adoptar el lenguaje y la expresión de un señor a quien acaba de caerle el gordo. Quizá algunos mendigos sean verdaderamente pobres –¿en qué ramo de la industria prospera todo el mundo?–; pero la mayoría van viviendo y no faltan quienes, al morir, dejen fortunas considerables dentro de infectos colchones, mientras que un escritor, por ejemplo, no deja nunca

en España nada más que el colchón. En general, los mendigos podrían, por tanto, pagar perfectamente sus multas; pero ¿por qué prohibir la mendicidad? ¿Por qué acabar con una industria tan típicamente española?

Al suprimir la mendicidad, millares de personas quedarían sumidas en la miseria, y entonces, ¿qué recurso les quedaría más que el de fingirse facultosas y acaudaladas? Comprarían automóviles, tomarían abonos en el Real, irían a los tés elegantes, fundarían compañías mineras, crearían casas de banca... Por mi parte, yo prefiero al profesional de la pobreza al profesional de la fortuna. Prefiero a los modernos tipos de mendigo, el mendigo clásico, que no tiene gastos de representación, y gracias al cual, por el precio de un periódico o de una caja de cerillas, puedo olvidar todas mis pequeñas infamias y hacerme la ilusión de que soy un hombre excelente, dotado de un corazón generoso y animado de los mejores sentimientos hacia mis semejantes.

#### SOBRE LA VIRUELA

PARECE que en el año 1924 no hubo en Madrid más que un solo caso de viruela. La viruela desaparece en España, y esto, que parece tan grato a primera vista, a mí no deja de producirme una cierta tristeza.

¡Qué quieren ustedes! La viruela ¡era una cosa tan española! Yo nunca olvidaré lo que me ocurrió en Alemania al comienzo de la gran guerra, cuando, en unión de un amigo, fui detenido por una multitud xenófoba que pretendía lincharnos, acusándonos de servios. ¿Cómo demostrar nuestra verdadera nacionalidad? No llevábamos encima documento alguno, y la cosa hubiera tomado muy mal cariz si un caballero, señalando a mi acompañante, no hubiera gritado:

—¡Alto! No cabe duda de que se trata de dos españoles. ¿No ven ustedes las huellas de la viruela en el rostro de este señor?

Y, acto seguido, aquel caballero, que indudablemente era un profesor de Universidad, presentó ante sus conciudadanos la viruela de mi amigo como una de nuestras más pintorescas curiosidades nacionales.

No en balde se dice que es en el extranjero donde mejor se aprende el amor de la patria. Yo me di cuenta en Alemania de la importancia de nuestra viruela, que no sólo nos diferencia del resto del mundo, sino que, dentro de España, une en el mismo haz a todos los ciudadanos. ¿Conciben ustedes nada más absurdo que un catalán varioloso hablándonos de su nacionalismo? ¿Que no hay nada de común entre Cataluña y Castilla o entre Castilla y Galicia? Verdaderamente, no habrá muchos ferrocarriles que establezcan un eficaz intercambio entre nuestras distintas regiones; pero, por lo menos, hay estos dos formidables elementos de unión: la viruela y el Arancel.

Sí, señores. La viruela es una cosa tan española como el clericalismo o el analfabetismo. Es una de las veneradas tradiciones de nuestros abuelos, y el patriota tradicionalista no puede por menos de lamentar su anunciada desaparición. Hay hombres para quienes el patriotismo consiste en poner su país al nivel de los demás; pero hoy yo no soy de esos. Al contrario. Hoy soy un patriota castizo, clerical, ultramontano y varioloso.

#### SOBRE EL PATRIOTISMO EN EL EXTRANJERO

¿Es lícito que un español critique a España en el extranjero? En primer lugar, convendría definir lo que, en este caso, se entiende por España. Si al español en cuestión se le ocurre hablar mal de mí en Tucumán o en Tampico, nadie le considera por ello un mal patriota, y si habla mal de don Miguel de Unamuno, lejos de considerársele un mal patriota, se le considera un patriota excelente, y hasta es posible que se le otorgue una condecoración. En cambio, la patria fulminaría con sus iras a todo aquel que, traspuesta la frontera, osara afirmar, por ejemplo, que la infanta Isabel es chata. ¿Por qué? ¿Es que las narices de una princesa representan, tal vez, el espíritu nacional mejor que los libros de un filósofo?

Encontrándome en América, yo me permití silbar el día del estreno una obra española, lo que me valió acres censuras

por parte de algunos distinguidos coterráneos. En vano yo procuraba demostrarles que la obra era mala. Ellos sostenían que, representadas en el extranjero, todas las obras españolas son buenas, aun las del propio señor Linares Rivas, y que al silbar aquella me estaba conduciendo como un mal patriota. ¿Cómo convencerlos de que el mal patriota era el autor y de que el patriotismo consistía precisamente en silbarlo? Aquellos hombres vendían allí uvas, cebollas y naranjas, en competencia con Italia, y para la buena marcha del negocio necesitaban un autor dramático que eclipsara los éxitos de Rovetta, atrayendo la atención del público sobre nuestros productos agrícolas.

Indudablemente, hay muchas cosas que, llevadas al extranjero, adquieren sobre su valor real un valor representativo, por lo que acaso no sea conveniente decir nunca la verdad del otro lado de los Pirineos. ¿Vamos, en vista de esto, a juramentarnos para decirla únicamente entre nosotros? Por mi parte, si a mí me dejan sostener en España que tal o cual nariz, por alta que se encuentre, es algo roma, estoy dispuesto a atribuirle fuera un corte puramente griego; pero si es aquí donde, por la suspensión de garantías, por la ley de Jurisdicciones o por lo que sea, me obligan a atribuirle este corte griego, ¿cómo no voy a proclamar en el extranjero su chatez? Será poco patriótico decir la verdad entre gentes extrañas; pero es mucho menos patriótico todavía no dejar

decirla entre las propias hasta el punto de que un pobre escritor que quisiera hablar de tantas cosas, no pueda hacerlo más que de narices.

#### SOBRE LAS CASAS DE BANCA

«NUESTRA riqueza –decía un periódico– más bien va en disminución que en aumento, y, siendo así, ¿cómo se explica la constante fundación de nuevas casas de banca en la capital?».

Pues por eso precisamente, querido colega: porque nuestra riqueza va en disminución. En otros países, cuando un hombre no tiene dinero, se dirige a solicitarlo al banco más cercano, donde se lo dan con gran gusto –que en eso consiste el negocio de los bancos–, si ven que se trata de una persona honrada, inteligente y laboriosa. Aquí, en cambio, si usted se va al banco en solicitud de un préstamo, los empleados comenzarán preguntándole a usted cuál es su capital, dónde están situadas sus propiedades, o qué amigo acaudalado le garantiza. Para prestarle a usted cinco duros, el banco necesita que usted tenga, por lo menos, ciento, y si usted no los tiene, nuestros banqueros lo echarán con cajas destempladas asombrados de ver que les pide fondos un hombre que carece de ellos. La banca española les prestaría sin gran inconveniente dinero a los millonarios; pero como

los millonarios no suelen necesitarlo, resulta que no se lo presta a nadie.

Y por esto, cuando el español se encuentra sin recursos ningunos, en vez de irse al banco de enfrente para que se los faciliten, funda un banco por su propia cuenta. Fuera de España, el banco es una tienda como las demás, que vende una mercancía llamada dinero. Aquí es al revés de todas las tiendas, y en vez de facilitarle mercancías al público, espera a que el público se las lleve a él. Para emprender cualquier negocio hace falta dinero, poco o mucho. Sólo hay un negocio que no exige capital inicial, y es el negocio bancario. Con una caja de caudales y una ventanilla donde diga «Ingresos» basta y sobra. Los clientes dejan sus ahorros en la ventanilla, y el banquero los mete en la caja.

¿Que hay muchos bancos en Madrid? ¿Y cómo no ha de haberlos, si cada día disminuye la cantidad de dinero en circulación y si la vida se está poniendo imposible? En una situación económica algo más desahogada se podrían fundar cafés, restaurantes, bazares, cinematógrafos, zapaterías, tiendas de comestibles, etc. En la situación actual no se pueden fundar más que bancos. Ya la mitad de las plantas bajas, en el centro de Madrid, están ocupadas por bancos. Dentro de poco habrá bancos hasta en las guardillas.